

Matar al niño Hitler

daniel bernardo grimberg

Image not found.

Capítulo 1

Matar al niño Hitler (por Daniel Bernardo Grimberg)

I

Dentro de las comisiones que he recibido, ha estado la de atender las demandas de Howard durante su alojamiento en Buenos Aires, con el fin de que no se sintiera aislado de nosotros y efectuara en forma plena sus ejercicios de crítica e investigación. Me recomendaron, vívidamente, que contribuyera a que tuviera dignos descansos, ya que era un trabajador de la inteligencia que cruzó las fronteras del país con el objetivo de inspirarnos.

Cuando Bernardo Casteglinni me dio la misión, no le retaceó elogios que quizás eran merecidos: Howard proponía valores serios frente a los deplorables ascensos de la vulgaridad, y decididamente debíamos sacar provecho de esa coyuntura de tenerlo con nosotros, aunque no faltarían quienes nos tiren dardos por una u otra razón. Su presencia era un invaluable aporte para nuestra institución, que a veces sufría perniciosos desniveles en su calidad.

Casteglinni consideraba a Howard un excelente premio para nuestro Centro que ya había recibido la visita de un laudable número de celebridades durante el transcurso de su joven historia (en ese instante a la presencia de Howard le asignó un gran papel; había evitado que se fuera con otros institutos del mismo tipo). Por supuesto que no podíamos separarnos de los conjuntos y sistemas del pensamiento a escala mundial, porque estos eran los términos en que enmarcábamos nuestros trabajos.

Recuerdo a ese psicólogo de Nueva York, graduado en Harvard, judío, meticoloso, y brillante según vastísimos testimonios, como alguien en cuyos discursos predominaban las formas sobre el fondo, y cuyas comunicaciones eran petulantes o a lo sumo fastuosas. Un sujeto poco amable, que lo primero que me dijo fue que debía callarme antes de hablar de lo que no sabía. Lo bueno era que, por un mismo y fijo importe, él nos confiaría la mayoría de sus secretos. Desde el principio sus ideales, su animosidad, y hasta su manera de expresarse me parecieron de mucha extravagancia. Se dio entre ambos una disparidad ala que obviamente no le dimos valor. Decidimos confiar en un estimulante compromiso de reciprocidad, e imprimir nuestros sellos particulares a las conferencias en

que yo lo auxiliaría.

Coincidíamos en que los conocimientos nunca tendrían una existencia segura fuera de un marco de la colaboración, pero para mí, durante sus infalibles disquisiciones, abarcaba a los más grandes enigmas con mucho engreimiento. Se presentaba como un virtuoso en cuyas enseñanzas no cabía el tedio, sino alguna que otra deleitable trasgresión. Solía lanzar sus desafíos a los participantes de sus charlas, permitiéndoles que vencieran al temeroso silencio explayándose en el error (esa era el modo en que les daba su cálida bienvenida). Así, los pobres no tardaban de cerciorar que habían hecho una trayectoria inútil, que, de no existir el tiempo representado por el infame reloj, continuaría hasta el infinito. Al final, él les pintaba el verdadero retrato de lo que había sido su propuesta... les había puesto banales condicionamientos con la intención que dijeran lo que él les negaría de antemano. Creía que antes de aprender sus premisas básicas debían citar a los cuentos que habían oído con anterioridad.

No hubo de parte de los dos algún encono, pero dentro de una insumisa coherencia a menudo me atreví a contradecirlo. Eso me surgía tan fácil como a las corrientes del aire acondicionado pasearse por la sala. Tal vez no me resignaba a interiorizar que él era un profesor que escribió varios libros de psicología (ciencia que en algún momento llegué a calificar como una patraña), y yo un don Nadie que lo único que pretendía era señalarle sus errores con altura. Howard, a su vez, señalaba a mis interpretaciones como cualidades vanas o imposibles.

En ningún momento temí invadir sus presupuestos doctrinales, aunque por hacer eso me creé un flujo de acusaciones (especialmente de Antonino Rosales), de que me conducía en forma ordinaria. Enseguida crecieron los rumores que decían que yo iba en contra de "la verdad revelada e incuestionable" de Howard.

Me adelantaba con estentórea fe, entusiasmado en que la audiencia descubriera que había otros caminos, y no tenía por qué seguir, forzosamente, a sus huellas. Ese era la preciosa causa de mis disentimientos. Por cierto, que desprecié la distribución jerárquica de roles que era casi implícita, y llamé a superar las dificultades a través del diálogo, y hacer invisible al principio de autoridad, con el propósito de concentrarnos en aprender de primera mano.

Teníamos que dar primacía a nuestros egos sobre las tramas intelectuales que Howard exponía en forma vigorosa. Lo importante no era tomar lo que este decía al pie de la letra, sino acercarnos a lo lineal que cada individuo desarrolla a través de sus capacidades, aceptando las sorpresivas insinuaciones que hace la casualidad, y sin avasallar a las intuiciones a través de un pensamiento encorsetado. La libertad no era una alucinada propuesta, ni el alejado símbolo al que sólo tenían derecho

los sobresalientes intelectuales.

En el recinto en el que conferenciábamos, algunas veces me levantaba de la silla y provocativamente clamaba:

- "Señalar que el Señor Howard está equivocado, es decir la estricta verdad, ya que sus escritos (en español) no se entienden o no los tradujeron bien".

El desenlace de esas convicciones mías era el estupor de la sala, y las circundantes miradas me indicaban que había obtenido una comunitaria sanción. Las personas que conformaban ese curso sofocaban con bastante esfuerzo a las salvajes expresiones que surgían en sus rostros. Algunos preferían inclinar unos centímetros las cabezas, y suponer que yo había incurrido en algo desafortunado que no tenía caso revisar, pero otros sentían a aquello como una agresión innombrable. Ese reproche y hasta la sublevación en contra de un erudito internacionalmente admirado, equivalió a que echaran sobre mí a táticas condenas. Por cierto, que nunca les aclaré que mi mano había sido tendida con la idea de que desentrañaran personalmente a los conceptos, y no cayeran en el inútil sacrificio que acarrea la mansedumbre. Les instruía que soltando ciegos elogios nadie sobreviviría en los desiertos de la ignorancia, por lo que mi empecinada labor era detectar la endeblez del pensamiento de los que fácilmente se ensoberbecían.

Él era bajo, calvo y de cara redondeada, sobrepasaba los sesenta años, y usaba aritos de pirata en las orejas. En seguida nos habíamos tratado con especial cortesía, induciéndonos a usurpar los espacios del otro tanto como que quisiéramos, desde un ejercicio que además de conducirnos a la cooperación nos permitiría testear que cosa era excluyentemente subjetiva. Ese fue un pacto que nunca fue cumplido, y que al final (me da la impresión) fue abandonado.

Recuerdo que una vez charlábamos de los beneplácitos del asado, al que no sé por qué comparó con un plato búlgaro. Entonces, no desarrollé una respuesta oportuna, pero me inquieté por las anchas fronteras en las que se permeaban sus reflexiones.

También que con natural munificencia nos proporcionaba bibliografías junto a las propiedades o virtudes de obras que prologaba con exhaustivos elogios... pero se recuperaba de esas inverosímiles rondas en las que hablaba de otros autores, después de chequear al entusiasta asentimiento que los presentes reflejaban en sus rostros. Le gustaba que hubiera estéticas de sumisión y silencio frente a la magnitud de sus juicios, y suponía que yo nunca conseguiría desarmar a ese frenesí.

Éramos cien por ciento diferentes. Lo único que compartíamos era nuestra raíz judía que por momentos no hacía creer que nuestro

distanciamiento era sólo aparente, y por debajo de los desacuerdos que nos enfrentaban, estaba la querida identidad asquenazí, la fuerte tensión de la historia, y los viajes de nuestros comunes antepasados a nuestros respectivos países, que eran difíciles de narrar sin que se agrietara la voz (sentíamos como si al pasar con el dedo a las ajadas páginas de un viejo libro y releer a sus relatos, estos retendrían sus lozanías antiguas). Pero claro, nuestras tácticas pronto se encaminaron a resolver las urgencias. Rechace vehementemente que cualquier estudioso en ciencias sociales deba subordinarse a sus hallazgos, y hasta hice una encubierta militancia en contra de sus teorías.

De más está decir que mis inquietudes no eran ridículas ni misteriosas, pero para él, sus conocimientos equivalían a un oasis con abundantes aguas, mientras que yo apostaba a pasajes desérticos, o sea, a asuntos en los que no era necesario detenerse, pero servían con sus pocas montañas para apreciar la espectacularidad de lo que él inventariaba con constancia. Era impensable que durante sus charlas hubiera discontinuidades, o que después desmintiera algo de lo que había dicho. Howard se sentía como un ángel que había venido a revelarnos los magníficos trucos que había en el Más Allá, y como lo que debatía era sagrado, la audiencia no tenía otra posibilidad que situarse en un marco de inflexible adhesión.

Para mi bienestar emocional, le hacía negríssimas tachaduras a las fotocopias que distribuía, las que después mostraba al grupo para promover una inédita rebeldía. A veces transmitía concienzudos estorbos con la mediación de una broma. Era el único que le resistía, y podía hacerle frente debido a que con mi condición docente superaba a la de un mero espectador y solía tomar puntos de vistas distantes de los suyos. Y por una desconocida y estudiada razón, él me respeto y trató de influenciar en mis ideas. Pronunciaba mi nombre con privativa energía, y hasta me protegía como si fuera mi tío o un amigo de mayor edad (cuando sufría alguna oposición del público por no respetar a sus trascendentes cánones).

Howard me aseguró que la contraposición que significaban mis expresiones, le promovía una gimnasia intelectual que no había hecho desde sus épocas estudiantiles, por lo que se alborozaba frente a la ingenuidad de mis preguntas. También le enseñaba aspectos de mi cultura, a la par de brindarle una filosófica conciencia de lo mucho que le quedaba por hacer (a esto yo ya lo interpretaba como un sarcasmo cuya usanza era remotísima). Realmente, no le importaba que me desvié en tertulias inferiores siempre que el sublime magma del conocimiento pudiera ser apreciado en mí. ¡Otra vez se había mostrado infinitamente bueno y misericordioso, frente a uno al que, con disimulo, le había puesto el mote de ignorante!

Ya ha pasado algún tiempo, y no recuerdo con especificidad a los numerosos tópicos en que nos enfrascábamos. Pero sí a las

vehementes discusiones que sostuvimos acerca de la situación política norteamericana. Estas, a mí me tocaban de soslayo, porque no había nada más alejado de mi realidad de lo que pasaba en ese subcontinente del que apenas conozco a su lengua y un poco de su historia (es más, ni siquiera estaba seguro si esa región estaba atravesada por los mismos husos horarios del país). Pero para Howard, los Estados Unidos era lo que daba certeza del mundo, y como siempre, Antonino Rosales, uno de los estudiantes, le concedía la inmediata razón. Este dijo convencido:

- "Si los Estados Unidos estornudaban, contagian de gripe a la humanidad".

Yo le explique que ese, seguramente era un tremendo país, pero lo que por ahí pasaba no contemporizaba con mis intereses (me resistía a que se monopolizara la atención en ese tema). Obstinadamente, negué la importancia de una cultura cuya principal referencia (se me hacía), era la de predominar sobre otras... prefería ir a cenar algo con alto nivel calórico en el Mac Donald de la esquina antes que recibir tanta información de lo que ocurría en el gran País del Norte (me habían llegado noticias de la resurrección de la oferta del mes, en uno de los menús clásicos, por lo que decidí actuar con oportunismo).

Afirmo que nunca fui alguien fácil de manipular, sino que siempre recité con motivadoras sonrisas los versículos de mi fe.

Pero esos eran tiempos electorales, y Howard se había volcado en contra de Donald Trump. Ese tosco individuo se cruzaba con execrables temores porque creía que tramaba experiencias colectivas aborrecibles. En su opinión amarraría forzosamente el Titanic al iceberg, y eso le obligaba a llevar a cabo un inservible ejercicio proselitista. Nos entregó un cúmulo de observaciones, como si a través de esa súbita manera nos articulaba la ciudadanía americana, condicionada a la posibilidad de ir a votar por Hillary Clinton en las próximas elecciones. ¡Fue tan loco su apasionamiento, que me veo forzado documentarlo!

A Trump lo consideraba un bárbaro, y un hombre sin escrúpulos dispuesto a romper con la tradición democrática. ¡Resultaba tan claro como el cristal que antes de que sucedieran las grandes tribulaciones, Howard no se quedaría aletargado ni atrasaría a su actuar! Impediría que ese mamotreto contara con un poder incontrolable capaz de arruinar la historia de los Estados Unidos. Si este ganara, avizoraba una gran catástrofe, o al menos a algo muy divergente de lo que siempre tuvo en mente que sucedería. Nos dijo que su país quedaría signado por el fraude y la manipulación, y se convertiría en otra deshilachada nación del tercer mundo.

- "Los Estados Unidos sobrevivirán tanto a ese hombre como a Hillary Clinton", le dije para enfurecerlo, "por cierto, hay que hacerse con

proverbiales medidas de paciencia, y esperar que cualquiera de los dos terminase de tejer sus mañosos tiempos”.

Pronto, llegué a la irónica conclusión que Argentina estaría dispuesta a abrir sus brazos a aquellos americanos que quisieran exiliarse, y establecí como única condición que no estornudaran mucho (en la cara de Antonino Rosales se produjo una súbita densidad, que la hizo variar del rojo furioso a un color más transparente).

Luego y procurando ser más serio, le dije:

-“No mantengas tamaña preocupación, porque los pueblos siempre fueron más importantes que sus gobiernos y el certero devenir de cada presidente era el de desaparecer, no así el de la gente que perseveraba a pesar de todo. La ciudadanía se salvaguardará sin que le importe las remisas de políticos y falsos profetas que, sin interrupción, son enviadas al mundo”.

Howard se tomó a pecho a mis despreocupadas opiniones, y al aseverar que Trump era un narcisista "de manual", me dio una clase acerca del narcisismo que me resulto muy útil, porque descubrí que había un montón de narcisistas a mi alrededor... sujetos que interferían en mi vida sin autodenominarse de esa forma, y que no sólo hablaban y actuaban con desconsideración, sino que pretendían establecer sus dominios sobre mis ámbitos. Se trataban de amenazas andantes que acechaban con sólo hacer sus habituales cabildeos, y me robaban mis tareas con deshonestidad y la esperanza de que así obtendrían un mayor protagonismo.

De todas formas y como cabal demostración de mi impermeabilidad frente a sus definiciones, le dije que cada hombre debía ser tenido en cuenta por lo que hacía, y no por lo que era, ya que al segundo modelo únicamente lo sufrirían su esposa o aquellos desgraciados que lo flanqueaban en su intimidad.

En esa ocasión, el ya alquitranado Antonino Rosales me llamó inculto, e hizo un gesto con el que expresó que no admitiría más escuchar mis idioteces... que eran el angustiante reverso de las brillantes exposiciones brindadas por nuestro ilustre visitante.

II

Pero el debate más áspero que tuvimos, fue acerca de aquel demente y criminal dictador de Alemania, Adolf Hitler, sujeto indisolublemente unido a la arcana fórmula de destrucción, la guerra, y quién arruinó a Europa a partir de las fabricaciones de su mente.

Fue a causa de mi excelencia que Howard lo trajo a colación, aunque yo sólo había testimoniado como el hombre se preocupa en crear importantes ficciones con la idea de justificar sus actos. El tema surgió cuándo mencioné que los locos no formaban con exclusividad la caterva de asesinos, sino que cualquiera era susceptible de integrarla si aceptaba con excesiva simplificación al esquema insano y metodológico de matar.

Había hecho esta sencilla y exaltada valoración:

- "La muerte es el final en sí de cualquier narración, y aun lo que se dijera en forma incidental, haría alusión a ésta. Y cualquier persona al sustentarla en sí misma o en otros, la revela. En una guerra, por ejemplo, matar es algo encomiable, y a cada soldado le es recomendado liquidar al mayor número de enemigos. El galardón le es concedido al que hace el máximo aporte de horrores".

Observé a mi alrededor que no me miraban incrédulos; increíblemente, el rostro de Antonino Rosales lucía impenetrable, y no encontré en sus labios a la sílaba que, conectada con otras, despliega al vocablo "criminal". Me pareció que con ese comentario había obtenido su aprobación.

Continué:

- "Y para hablar de estos, utilizan un término que contiene una adjetivación matemática: los indican como bajas. Una invención que encubre al término "asesinados", y permite hacer una lectura casi idílica de aquello tan bestial. Se trata de una adecuación honorable de lo que no es redundante sospechar que tiene otro significado".

Fue entonces, que luego de coincidir conmigo con una mirada ardientes, y antes que las lluvias de estrellas cayeran sobre el firmamento del que ya reconocíamos que iba perdiendo sus colores claros, Howard lanzó un gran reto a la mesa:

- "Ustedes, conociendo lo que Hitler hizo y pudieran viajar atrás en el tiempo, ¿matarían a ese hombre cuando reunía unos pocos meses de existencia?"

Yo me quejé por esa proposición, pero Howard deshizo cada uno de mis argumentos, diciendo que sabíamos todo lo que iría a pasar y estaba a nuestro alcance matarlo. Los aspectos esenciales de esa maratón (junta con la indemnidad) estaban cubiertos. Podíamos ir y volver del imperio austrohúngaro como quien hace un viaje en tren. Lo zarandearíamos en su cuna hasta causarle una convulsión letal, o utilizaríamos cualquier otra técnica efectiva para obtener el resultado deseable. Estaba en nosotros componer a esa escena como si fuera el final de una glamorosa película

hollywoodense.

Howard manifestó un odio acérrimo hacia esa escoria, y sentí que quería revivirlo para que muriera nuevamente, y repetir la cadena de acontecimientos para colocarla dentro de una secuencia que al menos se rozara con la normalidad. Antonino Rosales movía su tronco al unísono con su cabeza, como si estuviera a punto de recibir una revelación divina... aquello sería una odisea maravillosa que transformaría al mundo. Obedecería a la iniciativa de Howard, viajaría a otro siglo y a otro continente con el plan de llevar a cabo una venganza que nunca sería una parodia.

Hubo alguna respuesta de matices confusos, pero la inmensa mayoría optó por matarlo sin ninguna contemplación. Lo harían en forma plenamente satisfactoria como si fueran agentes de un temible servicio secreto. Sería con estilo, concisión, y calidad mortífera, sin que sus elásticos reflejos se vieran afectados por salpicarse con pequeñas gotas de sangre.

Irían al pasado antes de que este se hiciera espantoso... se supusieron actores principales, que cambiarían la historia del planeta a partir de uno de sus simples y sigilosos desplazamientos. Howard los había inducido a matar, y no tuvieron dificultades en proyectarse en el desarrollo de esa empresa.

Los presentes en la sala de conferencias, judíos o no, no dudaron un minuto en ejercer esa opción, empapados con nobles exasperaciones, pero sin una pizca de sabiduría. Romperían al interlineado contexto que forman el tiempo y la pasividad, recreándose a sí mismos como personas valientes, que, con una sonrisa, no dudarían en meterse dentro de lo incognoscible con la misión de entablar un impactante combate contra las fuerzas del mal.

Se internarían en el complejo territorio del pasado, con la intención de matar a un niño, sin buscar alternativas menos simplistas...

Howard hubiera sido más precavido si nos ofrecía una buena coartada, como matar a esa bestia a la vista de los presentes en una trinchera, cuando peleaba como soldado durante la primera guerra mundial. Esa estrecha prerrogativa sería algo fundamental más allá de su fervor y pasión por resolver en la forma más radical posible a lo que ya era irreparable. Porque para obtener un mejor efecto dramático, lo teníamos que matar cuando era un bebe. A todos les resultó muy fácil conectarse, fugazmente y con meras palabras, con ese plan macabro; irían a matar a una criatura de la misma forma con que desenterrarían un tesoro. ¡Con imaginación y un fecundo uso de la lengua, no existe persona que carezca

de una grotesca clase de generosidad y valentía!

Al llegar mi turno, volví a quejarme:

- "¿Cómo se puede matar a un niño por un futuro que puede tener infinidad de variantes?", mi voz tuvo tendencia a empantanarse.

- "No importa", reaccionó Howard, "tú sabes lo que pasó y está en tus manos evitar que pase".

Me dio a entender que los latidos de mi corazón sólo se justificarían si escogía comportarme con heroicidad. Luego me sobrepondría de ese asqueroso segmento de mi existencia... y relataría lo hecho con entusiasmo. Así sabría si yo era una persona razonable o una tan inepta como haragana.

Agregó como si fuera un equitativo dios de la antigüedad:

- "De esa forma impugnarás todo lo que seguiría después: guerras, incalculables matanzas, a la repelente conjura de fuerzas oscuras que se alinearon en esa época".

Era un paquete perfecto ofrecido con descarnada cordialidad, que dentro de su primitiva pureza no contenía ambigüedades.

- "No puedo matar", confesé abiertamente. Yo no tenía la vanidad de matar así, con tanta elocuencia.

Howard se quedó quieto, complacido y desilusionado a la vez. Me miró con deplorable curiosidad. Algunos segundos silenciosos precedieron a la emisión de las que serían sus definitorias palabras. Me había arrinconado hasta tirarme a esa inevitable red mientras se mantenía en una posición encumbrada y solemne.

Antonino Rosales sonrió, pero esta vez no lo hizo en forma mecánica sino con un dejo de soberbia. Al fin, durante una ascendente tensión dialéctica había quedado al descubierto mi debilidad. La totalidad de mis proposiciones, invariablemente, había sido absurda, por lo que nadie debía asociarse de ninguna forma conmigo.

Faltaba que Howard diera el veredicto que definiría lo correcto, porque no hay que olvidar que él encarnaba a la sapiencia universal. Y lo que estaba a punto de decir, precisaría quienes fueron los ganadores y perdedores de ese debate.

Comprendió, con satisfacción, que sus enseñanzas habían sido asimiladas. Asimismo, garraspó para reforzar su voz (lo que logró en cuestión de segundos). Le pondría un fin inobjetable a esa jornada con una solución

que era preexistente al dilema que había suscitado.

- "Yo lo mataría", dijo y a la vez me puso en mi lugar.

Hubo un murmullo que fue como una reacción consecuente con un potente resplandor; los hombres abrieron los ojos y vieron que estaban sentados en los mismos lugares, y que el planeta los amparaba como lo había hecho desde los frágiles orígenes de sus vidas.

En su mente, Howard habría ensayado una explicación superficial, como que yo era un cobarde o una persona en que la falta de compromiso era su señal de identidad. Su mirada se tornó algo cruel, pero también dirigió su rostro en dirección a mi aparente desacierto, con una tenue sonrisa. Él, que había adivinado alguna inteligencia en mí y le hubiera agradado contarme entre sus discípulos, comprendió que yo no llenaba los mínimos requisitos. Tal vez lo había engañado, ya que no me implicaba en lo que había que hacer y no quería entrar en fingidos peligros.

Había cerrado a mi desempeño con una ecuación negativa por haber sido conciliador o neutral en ese tema, y a la vez contradecir a sus grandes ideales. De hecho, nunca lo había ayudado, sólo había sido una peste que interrumpía a los mejores momentos de sus monólogos.

- "Tú quieres ser un héroe", le respondí mientras él asentía triunfante.

Esa noche finalizaba el ciclo de sus conferencias, y el idioma que habíamos utilizado se convertiría en una imposibilidad más. Retornarían los simples saberes sin viscerales enconos; la vida rodaría con sus cotidianas marchas e inercias.

Antes de irnos, pensé: "Querido Howard, si de acuerdo a tu sugerida laxitud, si uno lograra llegar al pasado y cumpliera con tu cometido, la gente no comprendería que liberaría a la humanidad de uno de los mayores genocidas de su historia, sino que estaría exterminando a una criatura pequeña que respiraba prístinos aires de bondad. No me jactaría de eso, pero sí, yo mataría al niño Hitler, lo que nunca haría es contarlo".

Fin